Introducción

Carlos Alberto Steil
Universidad Estatal de Campinas (Unicamp) – Brasil

Alejandro Frigerio
Universidad Católica Argentina (UCA) y Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Argentina

Ari Pedro Oro
Universidad Federal de Río Grande del Sur (UFRGS) – Brasil

La religión ocupa un lugar singular en la historia social y cultural de América Latina. A lo largo de los siglos, constituyó instituciones, lenguajes morales, repertorios de acción colectiva, formas de autoridad y universos simbólicos por medio de los cuales individuos y grupos interpretan sus experiencias y atribuyen sentido al mundo. En la contemporaneidad, lejos de desaparecer, lo religioso continúa manifestándose en prácticas cotidianas, movimientos sociales, disputas electorales, políticas públicas, medios de comunicación, experiencias terapéuticas, expresiones artísticas, fiestas, peregrinaciones y nuevas espiritualidades. Esta persistencia, sin embargo, no debe confundirse con una simple continuidad. Las religiones latinoamericanas se han transformado profundamente: se diversificaron, atravesaron fronteras nacionales e institucionales, incorporaron nuevas tecnologías y lenguajes, reformularon modos de pertenencia y pasaron a disputar, de maneras renovadas, legitimidad y presencia en el espacio público.

Por esa razón, las interpretaciones de la secularización como declive lineal de la religión, pérdida inevitable de su eficacia social o confinamiento de la fe a la esfera privada se muestran insuficientes para comprender el

subcontinente. Los procesos de diferenciación entre Estado, iglesias, ciencia, educación y política ocurrieron de manera desigual y no produjeron la desaparición de la religión. En muchos contextos, estuvieron acompañados por una pluralización religiosa, recomposición de identidades, intensificación de movilidades y la emergencia de nuevas formas de presencia pública de lo sagrado. América Latina evidencia, así, que modernización y religión no constituyen términos necesariamente excluyentes. Lo que se observa es una relación histórica tensa, variable y creativa entre modernidades, tradiciones, instituciones religiosas, culturas populares y experiencias individuales.

El origen del libro está asociado a la asignatura El Campo de Estudios de la Religión en América Latina, que dos de nosotros dictamos en el segundo semestre de 2024: Ari Pedro Oro en el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Federal de Río Grande del Sur (PPGAS/UFRGS), y Carlos Alberto Steil en el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Estatal de Campinas (PPGAS/Unicamp). Realizada de forma remota y organizada en ocho encuentros, la asignatura aproximó a estudiantes de posgrado a investigadores reconocidos por su contribución a los estudios de la religión en diferentes países latinoamericanos. Invitamos entonces a Néstor Da Costa, Hugo José Suárez, Cristián Parker Gumucio, Renée de la Torre, Alejandro Frigerio y Fortunato Mallimaci a narrar sus formaciones, sus principales proyectos, los contextos que marcaron sus elecciones y aquello que consideraban sus contribuciones más relevantes.

La intensidad de los encuentros, la recepción de los estudiantes y la riqueza de las exposiciones nos mostraron que estas intervenciones sobrepasaban los objetivos circunstanciales de una materia. Contenían materiales para una reflexión más amplia sobre la constitución de un campo de estudios y sobre la relación entre biografía, historia y producción del conocimiento. Decidimos entonces ampliar la propuesta. Alejandro Frigerio pasó a integrar la organización del libro y, ya como equipo de los tres, invitamos a otros investigadores. El resultado es un conjunto compuesto por

cuatro autores argentinos, un boliviano radicado en México, cuatro brasileños, dos chilenos, dos mexicanas, un peruano y dos uruguayos.

Es en este horizonte donde se inscribe *Científicos sociales de la religión en América Latina: trayectorias*. En este libro reunimos los relatos de dieciséis investigadoras e investigadores que dedicaron una parte sustantiva de sus vidas a la comprensión de las múltiples formas asumidas por lo religioso en la región. Más que presentar resultados consolidados de investigación, quisimos reconstruir los caminos por los cuales algunas preguntas se volvieron posibles, ciertos objetos ganaron visibilidad y determinados conceptos fueron elaborados. Cada capítulo articula vida personal, formación académica, elecciones teóricas, experiencias de campo, coyunturas políticas y construcción institucional. Ofrecemos así una historia situada de las ciencias sociales de la religión en América Latina, narrada por algunos de sus protagonistas.

El libro abarca, de manera aproximada, tres cohortes etarias: quienes nacieron entre mediados de los años 1940 y fines de los 1950, quienes nacieron durante los años 1960, y quienes lo hicieron a comienzos de los 1970. Podemos decir que la primera cohorte es la que se formó durante las dictaduras o en el exilio, hizo doctorados completos en centros metropolitanos europeos y norteamericanos, y fundó las instituciones que hoy estructuran el campo: las primeras revistas especializadas, los primeros encuentros regionales, las asociaciones profesionales y los núcleos universitarios de investigación, todos ellos creados entre mediados de los años 1980 y fines de los 1990. La segunda cohorte ingresa a un campo que ya existe, al menos parcialmente, y en varios casos se forma directamente bajo la dirección de la generación anterior, ya sea como tesistas, como discípulos tempranos o como colaboradores en proyectos colectivos. La tercera cohorte se forma dentro de un campo ya institucionalizado, con revistas, asociaciones, seminarios permanentes y una bibliografía regional acumulada a la que puede recurrir desde el comienzo de su formación. Sus integrantes dialogan simultáneamente con autores de las tres generaciones, sin que la distancia etaria suponga necesariamente una distancia intelectual.

Lo interesante aparece cuando contrastamos esta periodización con la posición efectiva de cada autor dentro de su campo nacional, porque allí la correspondencia entre edad y función se rompe. En algunos países, la institucionalización del campo fue tardía en términos absolutos, aunque temprana en relación con la trayectoria de sus propios protagonistas: alguien cronológicamente perteneciente a la segunda cohorte puede haber sido, en su país, quien impulsó la primera asociación profesional regional de cientistas sociales de la religión, en un contexto donde ninguna universidad ofrecía todavía la disciplina como área de estudio reconocida. En otros casos, alguien de la tercera cohorte funda una revista o publica una obra de referencia colectiva ejerciendo, tres décadas más tarde, una función de fundación institucional equivalente a la que en otros países había correspondido a una generación veinte años mayor. Y hay también campos donde la refundación de un departamento o programa académico, tras años de exilio o clausura, ocurre recién en la década de 1990, de modo que investigadores de la segunda cohorte se encuentran, en su propio país, reconstruyendo desde cero lo que en otros contextos ya estaba consolidado por la generación anterior. La cronología biológica, en suma, corre pareja con la institucional en algunos países y se desacopla por completo en otros, según el momento en que cada Estado nacional permitió — o no — la existencia autónoma del campo.

América Latina comparece aquí no como una simple delimitación geográfica ni como una colección de casos nacionales yuxtapuestos, sino como un espacio histórico de circulación de personas, teorías, prácticas religiosas y redes académicas. Las trayectorias atraviesan Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, México, Perú y Uruguay, pero también pasan por Francia, Bélgica, Estados Unidos, Italia, España y otros centros de formación e intercambio. Estos desplazamientos revelan las asimetrías internacionales de la producción científica, sin reducir a los autores a la condición de receptores pasivos de teorías elaboradas en el Norte Global. Al contrario, los capítulos muestran procesos de apropiación crítica, traducción, desplazamiento y reinvención conceptual a partir de problemas latinoamericanos.

Más allá de su amplitud geográfica y cronológica, el libro adquiere una forma narrativa. No se trata de un manual de teorías de la religión, de una compilación convencional de investigaciones empíricas ni de una historia institucional escrita a partir de documentos externos. Son narrativas autobiográficas e intelectuales en las que investigadores séniores revisitan sus elecciones, dudas, descubrimientos, rupturas y alianzas. Esta elección permite observar dimensiones de la vida científica que frecuentemente desaparecen de los artículos y libros académicos: el papel del azar, de las amistades, de los conflictos, de las convicciones religiosas y políticas, de los cambios de país, de las crisis institucionales, de los encuentros con interlocutores de campo y de las condiciones materiales de trabajo.

La reconstrucción de estas trayectorias no debe confundirse con un ejercicio de celebración individual o con la búsqueda retrospectiva de una coherencia perfecta. Los autores reconocen que sus carreras están hechas de discontinuidades, desvíos y redefiniciones. Joanildo Burity sintetiza esta perspectiva al afirmar que la reconstrucción no es meramente memorialística: procura mostrar cómo una trayectoria intelectual se forma en la intersección entre experiencia, contexto histórico, disciplina académica, elecciones teóricas y objetos empíricos, siendo movida por presiones, reacciones y confrontaciones que afectan al investigador existencial e intelectualmente. El libro asume, así, una postura reflexiva: sus autores no se presentan como observadores exteriores al mundo social, sino como sujetos.

La relación de los investigadores con lo religioso rara vez es neutra o indiferente. Algunos fueron socializados en familias católicas, seminarios, congregaciones, pastorales y movimientos cristianos; otros llegaron al tema por la militancia política, por la experiencia del exilio, por la observación de barrios populares, por el contacto con religiones afroamericanas, por el estudio de los pentecostalismos o por el extrañamiento ante prácticas que no formaban parte de sus propios universos. Hay también trayectorias marcadas por el distanciamiento de la religión, por el paso de la teología a las ciencias sociales o por la necesidad de transformar una experiencia

biográfica en un problema analítico. En todos los casos, la cercanía y la distancia son trabajadas como cuestiones epistemológicas.

Los relatos muestran que la elección de la religión como objeto de estudio estuvo profundamente ligada a los acontecimientos políticos que marcaron a la región en la segunda mitad del siglo XX. Dictaduras civiles y militares, represión, exilio, redemocratización, movimientos estudiantiles, cristianismos de liberación, transformaciones del catolicismo tras el Concilio Vaticano II, expansión pentecostal, emergencia de nuevos movimientos sociales y crisis económicas constituyen el telón de fondo de muchas trayectorias. En diversos capítulos, el interés por la religión nace del intento de comprender la relación entre fe, política, violencia, autoridad y transformación social. La religión aparece simultáneamente como lenguaje de resistencia, instrumento de legitimación del orden, fuente de solidaridad y terreno de disputa.

Fortunato Mallimaci reconstruye una trayectoria atravesada por la educación pública argentina, la militancia estudiantil y cristiana, la represión política, el exilio y el encuentro con la sociología histórica del catolicismo. Su relato muestra cómo las preguntas sobre religión, Estado y política emergieron de experiencias concretas de autoritarismo, movilización popular y circulación latinoamericana. Joanildo Burity, por su parte, parte de la experiencia protestante y de la disidencia religiosa para desarrollar una reflexión sobre hegemonía, democracia, activismo social, conservadurismo y populismo religioso. Rolando Pérez-Vela acompaña las relaciones entre religión, medios de comunicación y movimientos sociales en Perú, destacando formas de actuación religiosa contestataria en el espacio público. En perspectivas distintas, estos capítulos evidencian que la religión no puede ser analizada como un dominio aislado de la sociedad.

El libro también visibiliza la importancia de las experiencias de movilidad. El exilio político, las migraciones familiares, los desplazamientos para la formación académica y los trabajos de campo transnacionales no son simples episodios biográficos; producen perspectivas comparativas. Miguel Ángel Mansilla formula su trayectoria a partir de las movilidades

entre el mundo andino y el Cono Sur, mostrando cómo las fronteras, los desplazamientos y las pertenencias múltiples participan en la producción del conocimiento. Hugo José Suárez organiza su relato como un recorrido desde los Andes bolivianos a la Ciudad de México, pasando por Lovaina, Guanajuato, Michoacán, Nueva York y París. La imagen del investigador como "malabarista" expresa el esfuerzo por articular territorios, instituciones, métodos, lenguajes y posiciones sociales diversas.

Estos desplazamientos ayudan a comprender otra contribución central del volumen: la formación de un campo académico regional. Muchos autores iniciaron sus investigaciones cuando los estudios de la religión estaban poco institucionalizados en sus países, se encontraban dispersos en diferentes departamentos o eran vistos con desconfianza por las ciencias sociales dominantes. En algunos contextos, la religión era considerada un tema residual, asociado a una tradición destinada a desaparecer con la modernización. En otros, el estudio de lo religioso permanecía ligado a intereses pastorales o confesionales, lo que exigía afirmar la autonomía científica de la sociología y de la antropología de la religión. El libro documenta el trabajo colectivo necesario para transformar un tema marginal en un área reconocida de investigación, enseñanza y formación.

Alejandro Frigerio ofrece un testimonio especialmente significativo de este proceso. Al regresar a la Argentina a fines de la década de 1980, encontró investigadores dispersos y pocas redes de interlocución. La organización de las Jornadas sobre Alternativas Religiosas en América Latina creó un espacio de encuentro entre estudiosos de catolicismos, pentecostalismos, religiones afrobrasileñas, religiosidades populares y nuevos movimientos religiosos. Las Jornadas contribuyeron a la creación de la Asociación de Cientistas Sociales de la Religión en el Mercosur (ACSRM), posteriormente ampliada a América Latina (ACSRAL), y al desarrollo de revistas, boletines y plataformas de divulgación. Su trayectoria combina investigación empírica, elaboración conceptual y construcción institucional, mostrando que producir conocimiento también significa crear condiciones para que otros puedan investigar.

Las redes aparecen de forma recurrente en los demás capítulos. Ari Pedro Oro y Carlos Alberto Steil describen la importancia del Núcleo de Estudios de la Religión (NER) de la UFRGS, de los proyectos colectivos y de los intercambios internacionales para la consolidación de la antropología de la religión en Brasil. Verónica Giménez Béliveau muestra cómo el campo argentino se constituyó por medio de equipos, conversaciones interdisciplinarias e investigaciones colectivas, incluyendo encuestas nacionales sobre creencias y actitudes religiosas. Néstor Da Costa y Lelio Nicolás Guigou narran la difícil institucionalización de los estudios de la religión en Uruguay, un país cuya fuerte autoimagen laica contribuyó a hacer lo religioso menos visible como objeto académico. Las redes regionales ofrecieron interlocución, formación y legitimidad donde aún no existían estructuras locales consolidadas.

La importancia atribuida a las relaciones personales constituye uno de los aspectos más expresivos del libro. Profesores, directores de tesis, colegas, estudiantes e interlocutores de campo aparecen no solo como referencias bibliográficas, sino como participantes de la formación intelectual. Conversaciones en seminarios, encuentros en congresos, trabajos conjuntos, amistades y divergencias son presentados como componentes efectivos de la producción científica. Esta dimensión afectiva y relacional desafía la imagen individualista de la autoría académica. Los conceptos e interpretaciones reunidos en el volumen fueron producidos en comunidades de discusión, mediante cooperaciones que atravesaron fronteras disciplinares, nacionales y lingüísticas.

El libro ofrece una genealogía colectiva de las ciencias sociales de la religión en la región. Permite acompañar la creación de asociaciones, grupos de investigación, programas de posgrado, revistas, jornadas, investigaciones comparativas y proyectos de cooperación. Permite también reconocer linajes intelectuales: la sociología francesa de la religión, la antropología brasileña, la sociología histórica, los estudios culturales, la teoría política, la comunicación, la fenomenología, la teoría de la práctica y las epistemologías latinoamericanas son apropiadas de modos distintos. Esta pluralidad

impide que el campo sea reducido a una escuela teórica única. Su unidad resulta menos de la adhesión a un paradigma que de la persistencia de problemas compartidos y de la construcción de espacios de interlocución.

Otra contribución del volumen es la crítica a los modelos católico-céntricos de interpretación. La larga centralidad histórica y política de la Iglesia Católica llevó a muchos estudios a identificar el campo religioso latinoamericano marcado fundamentalmente por la cultura católica. Esta perspectiva oscureció la presencia de religiones afroamericanas, pentecostalismos, espiritualidades no institucionalizadas, agentes mágico-religiosos, devociones populares y combinaciones heterogéneas de creencias. Frigerio formula esta crítica como un "paradigma de la diversidad religiosa", proponiendo buscar la religión más allá de las instituciones reconocidas, distinguir identificación religiosa de creencia y examinar los prejuicios moderno-céntricos que clasifican ciertas prácticas como superstición o fanatismo.

Pablo Semán desarrolla una reflexión convergente al caracterizar formas de religiosidad popular como cosmológicas, holistas y relacionales. Su trayectoria muestra la necesidad de comprender experiencias en las cuales lo sagrado es inmanente a la vida cotidiana y participa de demandas de salud, prosperidad, protección y vínculo social. Al desplazar el foco de las instituciones hacia las apropiaciones de los fieles, Semán evidencia la creatividad de los sectores populares y la transversalidad de lo religioso en campos como la música, la literatura y la cultura juvenil. Reginaldo Prandi, al relacionar religiones afrobrasileñas y modernidad, muestra que la comprensión de Brasil exige acompañar a los dioses, los rituales y las recomposiciones de lo sagrado que atraviesan la urbanización y el cambio social.

A pesar de las críticas al católico-centrismo, el catolicismo continúa siendo un objeto fundamental para muchos autores, pero aparece en plural y en transformación. Fortunato Mallimaci analiza la diversidad de los catolicismos y sus relaciones históricas con el Estado, las clases sociales y los proyectos políticos. Verónica Giménez Béliveau desplaza el análisis de la Iglesia monolítica hacia comunidades, sujetos móviles y formas concretas

de autonomía y memoria. Cristina Gutiérrez Zúñiga reconstruye la experiencia del catolicismo mexicano a partir de las tensiones de la Cristiada, los cambios posteriores al Concilio Vaticano II y la diversificación religiosa de Guadalajara. Renée de la Torre acompaña instituciones, fiestas, peregrinaciones, devociones populares y agentes extraeclesiales, mostrando cómo tradición, medios, territorialidad y transnacionalización se combinan.

El pentecostalismo y los evangelicalismos constituyen otro eje importante del libro. Aparecen como experiencias religiosas, formas de organización comunitaria, agentes políticos, redes transnacionales y productores de lenguajes públicos. Ari Pedro Oro analiza la Iglesia Universal del Reino de Dios, sus relaciones con los medios de comunicación, la política institucional, las religiones afrobrasileñas y la expansión internacional. Miguel Ángel Mansilla estudia el pentecostalismo chileno a partir de movilidades, fronteras y experiencias subalternas. Joanildo Burity acompaña el protestantismo progresista, los activismos religiosos, la formación de minorías y la rearticulación conservadora del espacio público. Rolando Pérez-Vela destaca actores evangélicos contestatarios, rechazando la reducción del universo evangélico a una orientación política homogénea.

La etnografía ocupa un lugar central, ya sea en terreiros, iglesias pentecostales, santuarios, peregrinaciones, comunidades católicas, fiestas populares o circuitos de espiritualidad. Pero los autores también recurren a la sociología histórica, al análisis del discurso, a la investigación en archivos, a las entrevistas biográficas, a las estadísticas, a los censos, a las encuestas por muestreo, a la cartografía, al análisis de medios y a la sociología visual. Cristina Gutiérrez Zúñiga explicita un recorrido que alterna métodos cualitativos, cuantitativos y cartográficos, al mismo tiempo que incorpora los giros material, corporal y sensorial. Hugo José Suárez explora imágenes, narrativas, emociones, escritura autobiográfica y poéticas de investigación. Rolando Pérez-Vela articula comunicación, religión vivida y acción colectiva.

Esta apertura metodológica es inseparable de una concepción no dogmática de la teoría. Los capítulos muestran investigadores que parten

de los problemas y permiten que los objetos desplacen las herramientas disponibles. Joanildo Burity describe una epistemología retroductiva y una apropiación no ortodoxa de autores de la teoría política y del análisis del discurso. Pablo Semán relata cómo la etnografía lo llevó a relativizar instrumentos previamente definidos y a reconocer dimensiones cosmológicas invisibles para los enfoques institucionalistas. Ari Pedro Oro evidencia la incomodidad y el aprendizaje involucrados en el ingreso a universos religiosos distintos de su socialización. Néstor Da Costa muestra cómo el estudio de la laicidad uruguaya necesitó ser complementado por la perspectiva de la religión vivida. La teoría es tratada como un recurso en permanente reconstrucción, no como una rejilla para aplicar mecánicamente.

El libro registra, igualmente, importantes giros conceptuales del campo. La atención inicialmente concentrada en iglesias, doctrinas y pertenencias formales se amplía hacia prácticas ordinarias, cuerpos, objetos, imágenes, emociones, paisajes, movilidades y materialidades. Carlos Alberto Steil parte de las peregrinaciones y apariciones marianas para llegar a las espiritualidades ecológicas, a la dimensión material de lo religioso y a los procesos de aprendizaje. Verónica Giménez Béliveau identifica la centralidad del cuerpo en experiencias de sanación, liberación y exorcismo. Cristina Gutiérrez Zúñiga cuestiona enfoques excesivamente mentalistas o textuales. Renée de la Torre sigue la circulación de símbolos, devociones y agentes por espacios urbanos y transnacionales. Estas inflexiones aproximan las ciencias sociales de la religión a debates contemporáneos sobre experiencia, sensorialidad y mundos más que humanos.

Alejandro Frigerio muestra que la legitimidad de las religiones no se produce solo dentro del campo religioso: la prensa, la industria editorial, la psicología y los actores seculares participan en la definición de lo que es reconocido como religión legítima y de lo que es estigmatizado como secta, magia o amenaza. Hugo José Suárez desarrolla una sociología visual de las formas de creer en la ciudad e investiga la narrativa como modo de conocimiento. Rolando Pérez-Vela examina apropiaciones mediáticas de la religiosidad vivida y la actuación pública de movimientos religiosos. Pablo

Semán analiza la música evangélica, la literatura de autoayuda y las transformaciones de los modos de liderazgo. Lo religioso aparece, así, entrañado en circuitos comunicacionales, estéticos y mercantiles.

La discusión sobre la laicidad constituye otro punto fuerte. Los dos autores uruguayos muestran que la laicidad no equivale a la ausencia de religión, sino que produce regímenes específicos de visibilidad e invisibilidad. Lelio Nicolás Guigou sitúa su recorrido en la atmósfera de la posdictadura e investiga religiones, memoria, nación y diferencias culturales en un país que construyó una poderosa narrativa secular. Néstor Da Costa reconstruye el paso del estudio de la laicidad a la religión vivida, mostrando que identidades, creencias y prácticas persisten más allá de las instituciones. Las experiencias argentina, mexicana, brasileña, chilena y peruana revelan, por su parte, otras configuraciones de las relaciones entre Estado, religión y sociedad. El libro permite comparar laicidades en plural, históricamente producidas y permanentemente disputadas.

Los textos también muestran que durante mucho tiempo los investigadores de la región compararon sus casos prioritariamente con modelos europeos o norteamericanos. Sin embargo, con la consolidación de las redes de investigación latinoamericanas se puso en marcha otro movimiento, que comenzó a comparar Argentina, Brasil, Chile, México, Perú y Uruguay, reconociendo semejanzas y diferencias internas al subcontinente. Este cambio no implica aislamiento intelectual ni rechazo de la teoría internacional. Significa rehusar la posición de América Latina como un simple caso periférico y tratarla como un espacio capaz de producir problemas y conceptos relevantes para la teoría social.

Cristián Parker Gumucio formula esta apuesta al defender una sociología de la religión producida desde la periferia. Su noción de "otra lógica" y sus reflexiones sobre racionalidades y modernidades múltiples cuestionan la idea de una única trayectoria de modernización. Las prácticas populares y sincréticas no son restos irracionales de un pasado condenado a desaparecer, sino formas situadas de producir sentido. América Latina aparece, en este marco, como un laboratorio privilegiado para repensar religión,

modernidad, pluralismo y globalización. Lo que emerge de la región no es una excepción a ser corregida por modelos centrales, sino una experiencia histórica capaz de interpelarlos.

Al acompañar los recorridos de los autores, el lector encuentra una historia de las ciencias sociales latinoamericanas en las últimas cinco décadas. La expansión de las universidades públicas, los efectos de las dictaduras, las experiencias de exilio, la reconstrucción institucional en el período democrático, la creación de sistemas de posgrado e investigación, la internacionalización de las carreras y las actuales amenazas a las humanidades atraviesan los capítulos. El volumen documenta cómo se hace ciencia social en condiciones de desigualdad, inestabilidad política y dependencia académica, pero también de creatividad, cooperación y compromiso público.

Las narrativas preservan memorias que difícilmente se recuperarían solo mediante archivos institucionales: la formación de grupos, los primeros congresos, las dificultades de financiamiento, los debates entre colegas, las negociaciones para legitimar el tema de la religión, los encuentros fortuitos que originaron proyectos y las experiencias de campo que transformaron preguntas. Al reunir estos relatos en un mismo volumen, el libro produce una especie de archivo oral escrito del campo. Ofrece materiales para futuras historias de la antropología, de la sociología, de la ciencia política y de la comunicación en América Latina.

Su valor pedagógico es igualmente significativo. Para estudiantes y jóvenes investigadores, las trayectorias muestran que una carrera científica no es lineal, que los objetos pueden cambiar, que los errores e impases forman parte de la investigación y que la formación ocurre en redes. Los capítulos presentan conceptos y debates, pero también formas de trabajo: cómo construir un campo etnográfico, elaborar comparaciones, combinar métodos, dialogar con tradiciones teóricas y crear instituciones. Al hacer visible la dimensión artesanal de la investigación, el libro contribuye a desmitificar la autoría y a mostrar que la producción del conocimiento depende de tiempo, persistencia, interlocución y disposición para ser transformado por el objeto.

El libro evidencia desplazamientos decisivos: de la religión institucional a la religión vivida; de la homogeneidad católica a la diversidad; de las fronteras nacionales a los flujos transnacionales; de las doctrinas a los cuerpos, objetos y afectos; del estudio aislado de las creencias a sus interfaces con política, medios, salud, ecología, turismo y cultura. Al mismo tiempo, muestra la permanencia de preguntas sobre autoridad, comunidad, experiencia, desigualdad, trascendencia y producción de sentido.

El libro presenta una articulación entre tres escalas. En la escala biográfica, acompañamos a sujetos concretos, sus formaciones, crisis y elecciones. En la escala institucional, observamos la creación de redes, grupos y asociaciones que hicieron posible el campo. En la escala histórica, vemos transformaciones más amplias de las sociedades latinoamericanas y de sus regímenes religiosos. Ninguna de estas escalas explica aisladamente la producción intelectual. Es en la relación entre ellas donde surgen los objetos, los conceptos y las contribuciones presentadas.

Lo que con este volumen ofrecemos al lector, por lo tanto, no es solo una colección de dieciséis historias individuales. Es una biografía colectiva de las ciencias sociales de la religión en América Latina. Las diferencias de generación, país, disciplina, posición religiosa y orientación teórica no impiden la formación de un horizonte común. Este horizonte se define por el rechazo a explicaciones simplificadoras, por la atención a la experiencia concreta, por el reconocimiento de la diversidad y por la convicción de que comprender la religión es una vía privilegiada para comprender a las sociedades latinoamericanas. En ese sentido el libro muestra que la religión puede sostener proyectos autoritarios y excluyentes, pero también movilizar solidaridades, resistencias y demandas de justicia.

Al colocar la trayectoria en el centro de la reflexión, *Científicos sociales de la religión en América Latina* revela que las ideas no surgen en el vacío: son producidas por personas situadas, en interacción con sociedades, instituciones, tradiciones y acontecimientos que las interpelan. Y, si por un lado, se nos invita a conocer las contribuciones de tres generaciones de investigadores que ayudaron a renovar la comprensión de la

religión en el subcontinente, por el otro, podemos seguir la formación de un campo que permanece abierto. Las trayectorias reunidas no cierran una historia. Ofrecen puntos de partida para nuevas preguntas, comparaciones e investigaciones. En su pluralidad, muestran que estudiar religión en América Latina es investigar las formas mediante las cuales personas y colectividades construyen mundos, enfrentan crisis, negocian diferencias e imaginan futuros.